

# *Aprender a imitar a Cristo: la conversión de San Ignacio de Loyola*

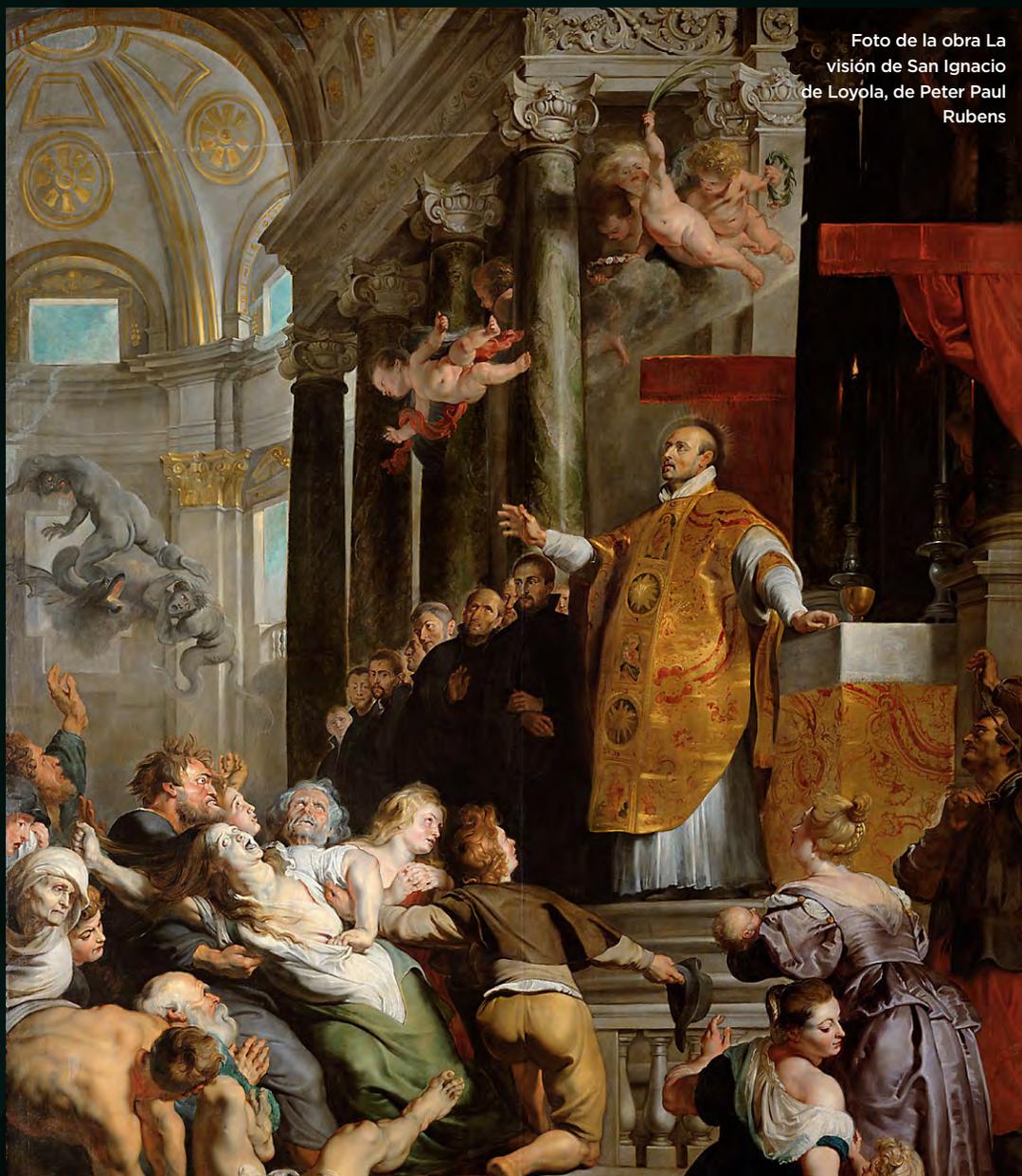


Foto de la obra La  
visión de San Ignacio  
de Loyola, de Peter Paul  
Rubens

**Padre Michael Bissex**

***Párroco Asociado, St. Patrick's Church, Huntington***

**Una Reflexión Pastoral para el Año Ignaciano**

**Mayo 20, 2021 – Julio 31, 2022**

**[www.drvc.org](http://www.drvc.org)**

# *Aprender a imitar a Cristo: la conversión de San Ignacio de Loyola*

Pintura en el Palacio de Versalles de San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas, Representado en armadura con un Cristograma en su peto.



**E**n la historia de la Iglesia, la presencia de “santos” es una constante. Estos santos fueron hombres y mujeres que dieron testimonio de que el camino de la santidad es posible para todos mediante la gracia otorgada por Jesucristo, para que cada uno de nosotros pueda vivir nuestra identidad de hijos e hijas del Padre, hechos a su imagen. Desde el nacimiento del cristianismo, algunos de estos santos enviaron ondas importantes de reforma positiva y sanación a través de la Iglesia y del mundo entero. Un ejemplo sería la figura de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, más comúnmente conocido como los jesuitas.



**PADRE  
MICHAEL BISSEX**  
*Párroco  
Asociado, Iglesia  
St. Patrick,  
Huntington*

Hace exactamente un siglo, el sacerdote jesuita P. Antonio Astrain compuso una breve exposición de la vida de San Ignacio, la cual escribió para conmemorar el cuarto centenario de la conversión de Ignacio a una vida de fe más profunda. Ahora, en el año 2021, celebrando los quinientos años desde que el caminar de un hombre cambió el mundo, es valioso para nosotros revisar las palabras del P. Astrain cuando dice que “el mismo espíritu de Ignacio empezó a arraigarse en la Iglesia católica, y a ejercer en el mundo moderno una influencia de regeneración moral que fue

“Si nosotros estamos buscando un ejemplo ideal del potencial que tiene cada uno de nosotros para escoger la santidad, podemos fácilmente encontrar uno en la historia de la conversión de San Ignacio de Loyola”.

verdaderamente estupenda, y la cual todavía, creemos, no ha recibido suficiente atención.” Familiarizarnos con la historia de conversión de San Ignacio puede servir como un recordatorio de nuestro potencial real para encender la renovación que se necesita en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad.

En nuestra cultura contemporánea, buscamos a todo tipo de personas para inspirarnos y darnos modelos de comportamiento. Mientras los superhéroes, los atletas y los grandes intelectuales a menudo cumplen este papel, nuestro llamado fundamental como católicos es aprender a seguir el modelo de Jesucristo mismo. Cuanto más profundamente cada uno de nosotros cumplamos con este llamado, mayor impacto tendrá en un mundo que necesita santos con tanta desesperación. Si buscamos un ejemplo ideal del potencial que cada uno de nosotros tiene para elegir la santidad, podemos encontrarlo fácilmente en la historia de la conversión de San Ignacio de Loyola.

San Ignacio nació en fecha incierta del año 1491, el menor de trece hermanos en el castillo familiar de Loyola, en el pueblo vasco de Azpeitia. Fue bautizado como Iñigo López, aunque posteriormente en su vida adoptaría el nombre latinizado de “Ignacio”. Su madre murió al dar a luz y se sabe muy poco sobre la infancia del joven Iñigo. Lo que sí sabemos es que fue notablemente puesto al servicio de Juan Velázquez de Cuellar, uno de los funcionarios del tesoro real del rey Fernando y la reina Isabel de España. Alrededor de los dieciocho años, Ignacio hizo el arduo viaje a Arévalo para comenzar un capítulo de su vida que



Foto de la obra San Ignacio de Loyola con féculas y hablando con San Pedro de Antoine De Favray.

Estatua de San Ignacio en el Loyola Memorial Park, Marikina City, Filipinas.



duraría casi una década. Como aprendiz de Don Juan, Ignacio estaba bien entrenado en los asuntos del mundo, siendo instruido en los caminos de la corte real, además de recibir una educación, todo con la esperanza de algún día recibir un cargo oficial en la corte.

Debería ser fácil para nosotros imaginarnos a un joven algo inmaduro y mundano, quien ciertamente disfrutaba de su educación y estatus en la sociedad de la época. Podemos imaginarnos a Ignacio viviendo en el glamour de la corte castellana, con su pompa y circunstancia y alta sociedad, así como la promesa de estatus y gloria. Incluso podemos encontrar descripciones pintorescas de él en los relatos históricos: “Iñigo de Loyola cultivaba largos mechones hasta los hombros y usaba una capa y medias de varios colores, y una gorra de colores”. Además del cuidado por su apariencia, definitivamente no era alguien que se echara atrás en una pelea.

[Ignacio] caminaba por la calle por donde llegó un grupo de hombres que lo empujaron y lo empujaron contra la pared. Inmediatamente sacó su espada y se lanzó tras ellos hasta el final de la calle. Si no hubiera habido transeúntes que lo detuvieran, seguramente habría matado a algunos de esos hombres, o lo habrían matado a él.

Adentrándonos en las anécdotas de su juventud, vemos que Ignacio es bastante humano. Fue un hombre de su tiempo y de su sociedad, hasta cierto punto atrapado por la vanidad y la violencia de un mundo

San Ignacio de Loyola representado en la ventana de una iglesia Católica en Guelph, Ontario.



que prometía gloria a costa de un ciclo de rivalidad con quienes lo rodeaban.

Pero un puesto en la corte para él no era lo que iba a suceder. Cuando Ignacio tenía solo veintisiete años, su patrón murió, dejándolo sin el título y el puesto para el que había estado trabajando durante la mayor parte de su vida como adulto joven. Por suerte para el futuro de la Iglesia, Ignacio hizo el viaje a Pamplona, ciudad en la que su vida cambiaría para siempre.

Pamplona fue el escenario de uno de los conflictos que asolaron Europa, tan común a lo largo de esos siglos de historia. La ciudad era la capital de Navarra, que los ejércitos franceses ansiaban reclamar a los españoles, quienes la habían conquistado unos cinco años antes. Fue durante el conflicto por esta región y ciudad que Ignacio se encontró ayudando a mantener el último bastión contra las fuerzas francesas. Las probabilidades estaban en contra de los soldados españoles, ya que su enemigo los superaba en número y los lugareños, que odiaban a sus conquistadores españoles, buscaron ayudar a los franceses. Pero Ignacio estaba decidido a mantener la guarnición: “Ignacio entró en la ciudadela, aparentemente como voluntario. En el consejo de guerra, los oficiales superiores estaban en contra de la lucha. Pero Ignacio insistió en que era mejor que lo mataran que continuar las rendiciones y retiradas que ya habían llevado a los invasores

al corazón del país. . . .”

Durante el ataque resultante, aunque escapó de la fatalidad de la muerte, una bala de cañón golpeó la pierna derecha de Ignacio, hiriéndola gravemente y causándole daños también en la pierna izquierda. Las victoriosas fuerzas francesas lo trataron con la mayor cortesía y lo hicieron regresar a la casa de su familia a unas ochenta millas de distancia. Este famoso incidente de la lesión que derribó a un joven soldado audaz y popular no puede ser subestimado. “La pelea en Pamplona fue solo un pequeño asunto local que no resolvió nada, pero, desde un punto de vista más amplio,

“Muchos de nuestros familiares y amigos, muchos hombres y mujeres de nuestra comunidad en su conjunto, se han enfrentado no solo a un virus físico que trae enfermedad y muerte, sino al gran sufrimiento que viene a través de la depresión, ansiedad, enfermedad mental, adicción y las heridas de relaciones rotas”.

fue una de las batallas verdaderamente decisivas del mundo". Fue cuando se recuperó de su herida que San Ignacio experimentó una conversión real, incluso mientras se enfrentaba al sufrimiento.

Probablemente cualquiera de nosotros, incluso algunos de los más jóvenes de la Iglesia Católica aquí en Long Island, podría describir un recuerdo en el que experimentó sufrimiento. Sin duda, esas experiencias pueden presentarse en todas las formas y tamaños, algunas más trágicas e insostenibles que otras. Podemos recordar experiencias de un golpe fuerte, cuando la muerte repentina de un ser querido o una tragedia episódica pueden hacer temblar los cimientos de nuestra vida personal o comunitaria. Podemos recordar aquellos momentos en los que luchar contra una enfermedad prolongada o soportar el estrés de las dificultades conyugales no fue un episodio único, sino que se vivieron como procesos dolorosos, en los que podría ser difícil incluso precisar dónde comenzó el sufrimiento, y donde terminó.

El año pasado quizás haya traído una gran dosis de este último tipo de sufrimiento en forma

“La experiencia del sufrimiento a menudo nos lleva a asumir una actitud de reflexión, a través de la cual los valores y prioridades que alguna vez tuvimos son desafiados y puestos en perspectiva”.

de aislamiento y separación debido a la cuarentena; el desafío de un compromiso diario para llevar una carga que parecía llegar rápido pero que se aleja de todos muy lentamente. Muchos de nuestros familiares y amigos, muchos hombres y mujeres de nuestra comunidad en su conjunto, se han enfrentado no solo a un virus físico que trae enfermedad y muerte, sino al gran sufrimiento que viene a través de la depresión, ansiedad, enfermedad mental, adicción y las heridas de relaciones rotas. La experiencia del sufrimiento a menudo nos lleva a asumir una actitud de reflexión, a través de la cual los valores y prioridades que alguna vez tuvimos son desafiados y puestos en perspectiva. Reconocemos nuestro pesar por dar por sentado cosas que ya no tenemos, o por dar demasiado valor a cosas que son efímeras y poco fiables.

Si nos adentramos en la historia de San Ignacio de Loyola podemos conectar nuestro sufrimiento con el suyo a un nivel profundamente personal, reconociendo el concienzudo y oneroso proceso de su recuperación. Cuando sus médicos intentaron curar sus piernas con solo una fracción de la experiencia



Christian George, director de investigación en el Centro Nacional de Francia, ayuda a un paciente de coronavirus.

médica que tenemos hoy, se vio obligado a asumir una actitud de reflexión en un lecho de enfermo en la que no podía recurrir a la diversión ni al placer. Esta situación fácilmente podría haberlo hecho volver con mayor determinación a su patrón anterior de deseos de gloria de la conquista en la guerra o las ambiciones de las altas conexiones sociales. Alternativamente, sus heridas casi fatales podrían haberlo inducido a simplemente desvanecerse en sus sueños rotos y vanidades.

En cambio, recurrió a los ejemplos de los santos como fuentes de imitación más auténticas que cualquier cosa que hubiera encontrado antes.

Porque mientras estaba comprometido con la vida de nuestro Señor y los santos, solía detenerse y pensar en sí mismo: ¿Cómo sería si yo hiciera lo que hizo San Francisco y lo que hizo Santo Domingo? Y así reflexionaba sobre muchos asuntos que juzgaba buenos, proponiéndose siempre acciones dolorosas y arduas que parecía tener la capacidad de realizar. Pero la conclusión de todas sus auto comunidades fue decir en su corazón, Santo Domingo hizo tal y tal cosa, así que yo también debo hacerlo; San Francisco hizo tal y tal cosa, así que yo también debo hacerlo.



San Isaac  
Jogues.



El Papa Francisco saluda a un niño mientras visita a la gente que viene al Vaticano por una segunda dosis de la vacuna contra el Covid-19.

Al decidir imitar a los grandes fundadores de las órdenes Franciscana y Dominicana, San Ignacio convirtió sus deseos de la ganancia material, la ambición y la violencia cíclica, viendo en los santos ejemplos confiables de verdadera realización personal: la imitación de Jesucristo. Fue a través de su rechazo de un ciclo de amor por el mundo, que resulta en confusión y callejones sin salida, que San Ignacio se abrió a un tipo diferente de amor, un tipo diferente de deseo, que claramente vio como el único digno de imitar con todo su ser.

A raíz de su conversión, San Ignacio viajó a Montserrat, donde el 24 de marzo de 1522, vigilia de la fiesta de la Anunciación, hizo “la generosa ofrenda de sí mismo por el Servicio Divino e implorando la ayuda de la Reina de Cielo”, iniciando así su vida de santidad y heroísmo para la Iglesia. Aparte de hacer una peregrinación a Tierra Santa, Ignacio pasó aproximadamente los siguientes doce años estudiando, principalmente en la Universidad de París. Aunque no logró un alto éxito intelectual o académico, su diligencia le permitió recibir con éxito el título de Maestro de las Artes en la Cuaresma de 1533.

Quizás más notable que sus estudios académicos fue la atracción hacia Ignacio de varios compañeros que querían unirse a él en una forma de vida determinada. En 1536, los compañeros de San Ignacio eran nueve y

habían comenzado las primeras formulaciones de la Compañía de Jesús. Finalmente, el 27 de septiembre de 1540, el Papa Pablo III promulgó la bula papal *Regimini militantis ecclesiae*, confirmando así el estatus de la Compañía de Jesús como orden religiosa oficial de la Iglesia Católica.

En el momento de la muerte de San Ignacio en julio de 1556, ya había aproximadamente mil sacerdotes jesuitas en la orden de rápido crecimiento. Hoy, con el Papa Francisco como el primer Papa jesuita en la historia de la Iglesia, más de veinte mil jesuitas ministran en más de cien países de todo el mundo. A lo largo de esos siglos, la orden ha fundado innumerables escuelas, misiones e instituciones de caridad. Es interesante recordar que en nuestro propio estado de Nueva York (y también en lo que ahora es Manhattan) el primer sacerdote que celebró la misa fue un jesuita: San Isaac Jogues, uno de los mártires norteamericanos que trajo por primera vez el catolicismo al área de Nueva York. Es fácil ver en estos pocos ejemplos, así como en otros innumerables, el increíble impacto que comenzó cuando se disparó una sola bala de cañón en la Batalla de Pamplona.

Hoy, quizás más que nunca, nuestra Iglesia y nuestra sociedad necesitan hombres y mujeres que rompan los ciclos de codicia y violencia que nos abruman. Lo que se requiere no es fundamentalmente la formación de programas, la adquisición de riquezas materiales para proyectos, o la búsqueda de una redención formada por el género humano más que por Dios. Lo que se necesita ahora es que hombres y mujeres de todas las edades y etapas de la vida aprendan a imitar a Jesucristo, “el hombre perfecto que ha restaurado en los hijos de Adán esa semejanza con Dios que había sido desfigurada desde el primer pecado”.

Así como San Ignacio se inspiró en la vida de otros santos, quizás podamos encontrar la inspiración que necesitamos al leer sobre su historia. Es una historia que muestra el potencial que tenemos para ser el ímpetu de un cambio positivo tanto en nuestra Iglesia como en la sociedad, un cambio que solo se puede lograr a través de una verdadera conversión de corazón. Al conmemorar el quinientos aniversario de la conversión de San Ignacio después de la batalla de Pamplona, podemos hacernos eco de las palabras del P. Astrain cuando dice que “todos los hombres de buen juicio, e incluso los enemigos de la Iglesia, coinciden en afirmar la originalidad del pensamiento y la superioridad de carácter del hombre que influyó tan profundamente en su propio siglo, y aún continúa influyendo en el mundo moderno”.

#### REFERENCIAS:

1. “Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.” Génesis 1:27. Todas las referencias de las Sagradas Escrituras fueron tomadas de la Biblia Católica de Jerusalén.
2. Anthony Astrain, *A Short Life of St. Ignatius of Loyola*, trans. Robert Hull (London: Burnes, Oates, and Washbourne LTD, 1928), 69.
3. James Brodrick, *St. Ignatius of Loyola: The Pilgrim Years*, (New York: Farrar, Strauss, and Cudahy, 1956), 47.
4. Broderick, *St. Ignatius of Loyola: The Pilgrim Years*, 54.
5. Paul Van Dyke, *Ignatius Loyola: The Founder of the Jesuits*, (New York: Charles Scribner and Sons, 1926), 26.
6. Broderick, *St. Ignatius of Loyola: The Pilgrim Years*, 61.
7. Second Vatican Council, *Gaudium et Spes*, 22.
8. Astrain, *A Short Life of St. Ignatius of Loyola*, v.

#### BIBLIOGRAFIA:

Astrain, Antonio. *A Short Life of St. Ignatius of Loyola*. Translated by Robert Hull. London: Burns, Oates, y Washbourne LTD, 1928.

Brodrick, James. *St. Ignatius of Loyola: The Pilgrim Years*. New York: Farrar, Straus, y Cudahy, 1956.

Van Dyke, Paul. *Ignatius Loyola: The Founder of the Jesuits*. New York: Charles Scribner and Sons, 1926

#### FOTOGRAFIA Y OBRAS DE ARTE:

1. Foto de la obra *La visión de San Ignacio de Loyola*, de Peter Paul Rubens, Viena, Museo de Historia del Arte, Rubens. <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.en>
2. Pintura en el Palacio de Versalles de San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas, Representado en armadura con un Cristograma en su peto. Este trabajo es de dominio público. (Se necesita una etiqueta de dominio público)
3. Estatua de San Ignacio en el Loyola Memorial Park, Marikina City, Filipinas Memorial de Loyola. Foto de Elmer B. Domingo. El archivo tiene la licencia de Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International. <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.en>
4. Foto de la obra *San Ignacio de Loyola con férulas y hablando con San Pedro de Antoine De Favray* después de una herida en la pierna en la batalla de Pamplona, tiene una visión de. Este archivo tiene la licencia de Creative Commons Attribution 4.0 International. <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.en>. Referencia de la biblioteca: Referencia externa en la Curia del Arzobispo, Floriana, Malta. Número de fotografía: L0010972
5. San Ignacio de Loyola representado en la ventana de una iglesia Católica en Guelph, Ontario. Foto del SNC de Crosiers)
6. Christian George, director de investigación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia, ayuda a un paciente que padece el coronavirus. (Foto del CNS / Yiming Woo, Reuters)
7. San Isaac Jogues. Este archivo tiene la licencia de Creative Commons-Share Alike 4.0 International. <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.en>.
8. El Papa Francisco saluda a un niño mientras visita a las personas que llegaron al Vaticano para recibir la segunda dosis de sus vacunas Covid-19. (Foto del CNS / Medios del Vaticano)



**DIÓCESIS DE ROCKVILLE CENTRE**

Reverendísimo John O Barres, Obispo de la Diócesis de Rockville Centre  
50 North Park Avenue, Rockville Centre, New York 11571-9023  
Ph: 516.678.5800 | [www.drvc.org](http://www.drvc.org)

Producido por la Oficina de Comunicaciones (Mayo 2021)

  
**Diocese of  
Rockville  
Centre**

**DRV.org**

**Catholic Faith Network  
(Optimum 29/137,  
Verizon FiOS 296, and  
Charter Spectrum  
162/471)**

**[www.cfntv.org](http://www.cfntv.org)**

**[LICatholic.org](http://LICatholic.org)**

  
**@RVCDiocese**